

# Los millones de la Follette

por Vicente Vacirca

Habla, naturalmente, de los siete millones de votos que el senador Robert La Follette ha recibido como candidato a la presidencia de la gran república norteamericana.

La prensa europea, repite, marcialmente, los que estamparon los diarios ploteadores de más allá del océano, habla de La Follette como del "gran derrotado" y compara esos siete millones de votos con los ocho millones conseguidos por el candidato demócrata y de los quince del candidato republicano.

Al contrario, un conocimiento menos superficial de las cosas americanas, nos hace mirar esos siete millones de votos con una sensación de estupor. Robert La Follette es un hombre que pertenece a la extrema izquierda. Puede ser comparado a un Cavallotti, o en un sentido más moderno y exacto, a un Herriot. Hombre dotado de vasto talento, de indomable energía, de un gran valor moral, recoge en su seno las mejores virtudes de la raza inglesa y el ardor combativo de la francesa, de la que descende.

No ha habido causa generosa a la que no haya dado su energía sin medir los obstáculos, sin contar a los enemigos. En vísperas de la partición de los Estados Unidos en la guerra, La Follette defendió la neutralidad: cuando su país se hizo beligerante, sostuvo la paz justa, la paz wilsoniana, pero en junio, después del tratado de Versalles, se rebeló contra la iniquidad que aquel venía a establecer, y realizó una verdadera cruzada para que su país no la aprobara: después de la revolución rusa agitó a las masas populares para impedir la intervención armada en Siberia, y por el reconocimiento del nuevo gobierno de hecho.

La alta trinidad del senado (su su trinchera) tuvo que soportar la censura de sus colegas, fue injuriado y difamado como ninguno. "Espía alemán" y "bolchevique" fueron los moteos usuales con que se le solía gratificar. No se dio por ello por vencido, sino que extrajo nuevas fuerzas de la austera soledad en que vivía, y la diatriba furiosa de los adversarios sólo sirvió para infundirle aliento.

Hizo ahora allí, a la edad de setenta años o poco menos, convertido en símbolo y bandera de la organización de las masas proletarias y democráticas. A su alrededor se reunieron el Partido Socialista, las organizaciones obreras y las asociaciones de los pequeños agricultores. Contra él se colocaron la poderosa plutocracia y las camarillas de los politiqueros corrompidos, la muchedumbre gris e inorgánica sin fe y sin opiniones, rutinaria y misonicista; fácil presa de la gran prensa de tirajes fantásticos, recogiendo a pesar de eso siete millones de votos.

Es una cifra que hace pensar. Es la primera vez que la clase obrera norteamericana cumple este esfuerzo de autonomía. Sería absurdo pretender un resultado más lijero. Es difícil negar el peso formidable de esta cifra.

Ha ocurrido en Estados Unidos algo semejante a lo que pasó en Inglaterra el 29 de octubre. El partido que sale despedido de esta lucha es el demócrata, que en las elecciones de 1912 y 1916 había salido triunfante contra su único adversario.

La tradición de los dos partidos es en Estados Unidos más vieja que en Inglaterra. De Washington a Jefferson en adelante, la masa popular americana se ha venido opacando polarizando entre el partido republicano protectorista y el demócrata librecambista. Este año el viejo equilibrio fue roto por primera vez, y sobre la arena electoral aparece una fuerza nueva, homogénea, de clase, aún cuando envuelta todavía entre vaguedades ideológicas que ocultan sus caracteres precisos, y destinado a hacer mucho camino.

Parecerá extraño a primera vista, que en un país de tan intenso desarrollo capitalista, la idea socialista y el movimiento de emancipación del proletariado coincida de su fuerza política, se mantengan aún en condiciones embrionarias y su desarrollo sea tan lento. Parecería que esto desmentiera las previsiones marxistas, pero no es así, por poco que nos fijemos en la formidable mezcla de razas que forma la composición de este inmenso país.

Debemos tener presente que casi una quinta parte de la población americana está formada por extranjeros, que proporcionan en su gran mayoría el elemento asalariado de la industria americana. Hombreros provenientes de cien países distintos y hablando cien idiomas diferentes, con hábitos, costumbres y tradiciones diversos, ofrecen dificultades casi insalvables para una organización eficiente, no solo para obtener regulares condiciones de trabajo sino para cualquier otra acción histórica. Hay más: estos trabajadores extranjeros, generalmente ocupados en trabajos más duros y humildes, especialmente los que provienen del sud de Europa y de las regiones orientales, viven en sus países en condiciones tales de indigencia, que la nueva situación les resulta un paliativo, aun cuando sean más explotados que allí.

Estas condiciones de vida, subjetivamente mejores, atraen los impulsos para la lucha y el estímulo para las organizaciones de clase.

# EL BRAZO DE VALLE INCLAN

por Alberto Ghirardo

Rodeando la mesa del café está el grupo presidido por el escritor insigne, cuya figura es la más original que ambula por las calles y sitios públicos de este Madrid alegre y pintoresco. Habla el maestro, y su palabra es recogida con atención, con respeto y con cariño. El narrador maravilloso del *Romance de Lobos*, el galante y sin par estilista de la *Sonata de Olatos*, el creador de aquel *Jardín Noviciero*, digno, por la fuerza y el color de los cuadros descritos en sus páginas, de compararse con el gran cuentista moderno — el portentoso Maupassant — ha vivido una de las escenas más honradas y crueles a que puede someterse el alma de un hombre: bien que esa alma pertenece a un hombre que en el mundo del arte, de la verdad y de la idea, responde al nombre glorioso de D. Ramón María del Valle Inclán.

Como el gran Cervantes, no puede el *vangelista* de haber perdido un brazo en defensa de la patria, ni de haber escrito el mejor de los libros del mundo. Pero en cuanto a entera de ánimo, ahí está la suya.

Habla el maestro. Didáctico, que después de la reyería con el amigo entrañable, el cual, educado en él, llegó en el colmo de la desesperación a descargar el bastón de paseo sobre el maestro, quien, listo y ágil, con el brazo deujvo en el aire el garrote.

La fatality hizo que el palo fuera justo a golpear sobre el gemelo del puño, produciendole una contusión al parecer insignificante. Traidora, la pequeña herida no pudo alarmar a nadie, tanto que el maestro, generoso y sincero, había ya olvidado y perdonado el incidente, cuando los bordes de aquella comenzaron a adquirir el color cárdeno de las carnes en principio de descomposición.

Y un día el médico, a quien se acudió tarde, dijo en tono solenne, casi trágico:

—Esto va mal. Ensayemos el último recurso. Y dió las órdenes terminantes que el caso exigía. Vino la desintegración energética, suprema y sin contemplaciones; el castigo cruel, la comprensión; los yodos y otros medios impuestos por las circunstancias.

Pero el color cárdeno, con violencia inusitada, reapareció más intenso, y en horas, en minutos más bien, el brazo, el polvor, el xaliente brazo que había salvado a la soberbia figura del garroteño perdido, asumía la apariencia monstruosa de los miembros gangrenados.

Entonces el médico movió melancólicamente la cabeza, hizo un gesto significativo de impotencia y miró al maestro con una de esas miradas mucho más elocuentes que todas las palabras juntas.

Era necesario acudir a los remedios heroicos. El maestro acababa de entenderlo así. Se trataba de cortar el brazo a la altura del hombro.

—Prepárese usted. No hay otra solución.

—Está bien.

Hecha la resolución y terminados los preparativos operatorios, el maestro se negó firmemente a la anestesia.

—Se impone el cloroformo — dijo el médico. La prueba sería demasiado fuerte. La palabra heroica del maestro dió la contestación estoica:

—Por otra parte, los trabajadores americanos ocupan los mejores puestos, más remunerados y menos duros, lo que hace que mirena sus hermanos europeos y comparando su miseria física, higiénica e intelectual, con el relativo bienestar en que ellos viven, se consideran como verdaderos privilegiados e inculpen fácilmente en el chauvinismo y en el nacionalismo, mirando al socialismo como a una herejía "para los pueblos esclavos del viejo continente pero del que pueden prescindir los "freemen", los obreros libres de América.

Agréguese a todo esto que los extranjeros que, como hemos visto, representan el grueso del ejército asalariado, gozan sólo en mínima parte del derecho de voto, y que Estados Unidos no obstante su prodigioso desarrollo industrial, es todavía en gran parte un país agrícola, donde se conoce el latifundio y las grandes propiedades agrarias, poblado por pequeños "farmers", y se explicará fácilmente lo que a un marxista puede parecer un enigma o sea un país de alto desarrollo industrial que cuenta con un modesto movimiento socialista.

LA CULTURA ARGENTINA  
acaba de reimprimir  
**FACUNDO**  
por DOMINGO F. SARMIENTO  
\$ 1 m/n. en todas las Librerías

# RENOVACION

BOLETIN MENSUAL DE IDEAS LIBROS Y REVISTAS DE LA AMERICA LATINA

10 Centavos ENERO DE 1925

## SUMARIO

Vargas Vila . . . . .	Anatole France
Alfredo L. Palacios . . . . .	Congreso de las Iglesias Cristianas
Raul H. Cisneros . . . . .	El mensaje Abd-El-Krim
Clotilde G. de Rezzano . . . . .	Miguel Cané
Alberto Ghirardo . . . . .	El brazo de Valle Inclán
Enrique Banchs . . . . .	Literatura Nacionalista
R. Saenz Hayes . . . . .	Alberdi Viajero
V. R. Haya de la Torre . . . . .	La prensa y la Revolución Rusa
Armando Donoso . . . . .	La critica de Roberto F. Giusti
A. Pérez Guerrero . . . . .	La Universidad Ecuatoriana
Daniel Schweitzer . . . . .	Los militares empollan
Vicente Vacirca . . . . .	Los millones de La Follette
Suárez Calimano . . . . .	Un libro de Pedro Prado
Gabriel S. Moreau . . . . .	Notas
	Etc., Etc.

Año III - N.º 1 Este Boletín aparece el 20 de cada mes

SUSCRIPCION POR DOS AÑOS . . . . . \$ 5.— m/n  
TARIFAS DE AVISOS (Calificados)  
Argentina . . . . . \$ 5.— m/n  
Columna ancha, por centim. \$ 7.— m/n.  
Exterior . . . . . 3.— oro  
" angosta, por . . . . . 5.—

Diríjase toda correspondencia: Casilla Correo 1625, Buenos Aires

# En memoria de Felipe Carrillo

Honores de la Diputación de Yucatán

Leemos en "Tierra", de Mérida (Yucatán):

"Todos nuestros lectores leyeron oportunamente la noticia relativa al plausible acuerdo de la Cámara Nacional de Diputados que declaró Benemérito del Proletariado a don Felipe Carrillo Puerto."

Ahora damos a publicidad el texto íntegro de la iniciativa correspondiente que presentó la Diputación yucateca representada en aquellos momentos por nuestros compañeros José E. Ancona, Luis Torregrasa, Lic. Nequih Simón Dr. Ariosto Castellanos y que firmó también, haciéndola suya, el representante del Distrito Federal, señor Miguel Yépez Solórzano.

Benemérito del proletariado

"La Nación Mexicana, país de apostolado, aún no termina de llorar la muerte de Carrillo Puerto, paladín vigoroso y más avanzado de las ideas reivindicadoras del proletariado. Enamorado de las nuevas ideas sociales, fue siempre defensor de ellas desinteresado, sincero y leal.

En su juventud dedicóse al trabajo cansado de conducir carros cargados de heno o de maíz por las difíciles trochas que atravesaban el Estado de Yucatán. Después de esta álgida labor diaria, durante las noches reunía a los indígenas de Motul, lugar de su nacimiento, con objeto de enseñarles la Constitución de 57 y de demostrarles que no gozaban del número limitado de derechos consignados en esta Carta Fundamental. Enseñábales, además, a leer y a escribir en español.

Todos conciben la actuación posterior del eminente líder socialista: Organización de todos los obreros y cam-

peñinos del Estado de Yucatán en Liga de Resistencia con objeto de mejorar su situación económica; esfuerzos tendientes a organizar a todos los obreros y campesinos de la República; los Congresos obreros de Motul y de Itzamal en los que se adoptaron postulados socialistas muy avanzados que constituyen el orgullo de los congresistas obreros; distinguíase, sobre

HILARIO ARJASUBI: Santos Vega a Los mellicos de la flor.  
Procedido por varios juicios e informaciones.  
JOSÉ HERNANDEZ Martín Fierro.  
Con una introducción por G. O. BUNGE.



ALBERTO GHIRARDO



FELIPE CARRILLO